

LIBROS

Para entrar en la filosofía

Lo más difícil para quien siente curiosidad por averiguar algo acerca de la filosofía no es aprenderse cuatro o cinco nombres de santos patronos y algunas fórmulas acuñadas para ser recordadas sin entrar en demasiadas disquisiciones —“cogito ergo sum”, “yo soy yo y mi circunstancia”, “hasta hoy los filósofos han tratado de comprender el mundo, pero ahora la cosa es transformarlo”—, sino entender de qué va en general todo el asunto mismo. Hay un cuadro de Holbein, titulado “Los embajadores franceses”, en el que una incomprensible forma azogada, una especie de oblongo remolino de sombras, parece romper a los pies de las dos figuras principales el equilibrio realista de la pintura; pero visto desde un determinado ángulo y sólo desde ese —señalado convenientemente en la sala de la National Gallery londinense— es posible ver la mancha como una distorsionada calavera. La inevitable sorpresa del espectador cuando, tras largos tanteos, logra acomodarse a la perspectiva adecuada y convertir la vaga mancha en una fúnebre pero precisa representación se asemeja mucho al pasmo del aficionado o del curioso que comienza a vislumbrar después de bastantes esfuerzos cuál es el punto de vista de la filosofía, en qué reside la gracia y la desgracia de filosofar. Es un conocimiento que, más que una noticia concreta sobre algo, proporciona una nueva manera de mirar. Si no se consigue ese enfoque, se seguirá viendo siempre el cuadro de frente y la calavera seguirá presentándose como una borrosa y superflua mancha que rompe la nitidez del conjunto. La mayoría de los dictérios contra la filosofía son simples refrendos de esa incapacidad de ver la calavera, por personas que se colocan en un ángulo equivocado y desde allí dictaminan que no hay nada que ver y que quienes hablan de una oculta calavera son inventivos charlatanes. El ejemplo paradigmático de esta postura es la crítica de Carnap a Heidegger, pero el sociologismo y el psicologismo (hoy psicoanalisis-

mo) proporcionan todos los días nuevos casos, casi siempre presentados como modelos de una nueva y más rigurosa filosofía. No es que la filosofía sea algo más excelso que la sociología o la lingüística, pero es algo específico y distinto, cuya gracia es tanto más difícil de coger cuanto que no se trata de una ciencia como las otras, ni tampoco de un arte cuyo goce sea inmediato e inmanente a su propia expresión.

Quien desee introducirse de algún modo en el ámbito de lo filosófico puede optar entre dos caminos: el primero y más aconsejable es desentenderse totalmente de la filosofía como con-

junto de saberes organizados, dividido en distintas especialidades más o menos caprichosas, provisto de una temática y una jerga propias, y lanzarse directamente a la lectura de Platón o de Nietzsche, incluso a la de Heidegger; el segundo es buscarse un manual completo y razonable. Normalmente y contra lo que pudiera pensarse, es mucho más difícil sacar algo en limpio del manual que desentrañar al clásico. Prueben y verán. Pero el manual calma más eficazmente la comezón cultural que puede sentir el curioso por la filosofía: quien lea el “Fedón” se limitará a reflexionar sencillamente sobre la muerte y el an-

da de conocimiento, pero seguirá sin saber lo que es el imperativo categórico o el Dasein. Y ciertamente es menos común atender a la necesidad de pensar que a la curiosidad por lo que otros han pensado. El manual parte de un orden, aunque finge llegar a él por su propio movimiento; enreja lo que crece libremente y todo lo convierte en flor de invernadero. Suministra los datos, las fórmulas, los nombres, aunque no la perspectiva desde la que el informe torbellino se convierte en calavera. ¿Es concebible un intento de manual que a la satisfacción culturalista uniese la libre manifestación de la reflexión filosófica creadora?

Una lápida para Somoza, el “hereje de Piedrahita”

La Sociedad de Amigos de José Somoza, fundada por José Jiménez Lozano, Jacinto Herrero y José Luis Cano, y cuya presidencia de honor ostenta, desde su limbo, el gran Azorín —que tan bellas páginas escribió sobre el poeta— convocó recientemente a una excursión a Piedrahita, a fin de instalar una lápida en el nicho anónimo en que yacía Somoza, ya que durante la última guerra civil, a causa de su fama de librepensador y de “volteriano impenitente”, como le llamaba Menéndez Pelayo, fue destruida la que cubría sus restos en el cementerio piedrahitense.

Los miembros de la sociedad habían discutido previamente el texto de la inscripción que iba a grabarse en la lápida. Jiménez Lozano propuso que se pusiera, sencillamente: “José Somoza/ Del comercio”, o bien, “labrador”, única forma de evitar que la lápida fuese destruida en la próxima guerra civil, pues cualquier referencia a la libertad que se pudiese podría provocar las iras de los “ultras”, que son los que ganan siempre las guerras civiles en este país. Otro socio sugirió esta frase: “Ciudadano que no se metió nunca en nada”, pero la propuesta fue, como la anterior, rechazada, ya que sería llamar a Somoza “apolítico”, lo que podría ser peligroso. El objetante recordó que no pocos ciudadanos, por ser apolíticos, fueron al paredón



José Luis Cano lee versos de Somoza ante la lápida del poeta piedrahitense.

ter, de la Real Academia Española; Ricardo Gullón, José Luis Abellán, Daniel Zarza, el pintor piedrahitense Luciano Díaz Castilla, José Esteban, Aser Santallés, Oscar Pacheco —que representaba también a su padre, Félix Pacheco, ausente de Piedrahita— y otros admiradores del poeta, además de un representante del Ayuntamiento, que dio facilidades para el acto. Envisaron adhesiones los académicos Emilio Alarcos y Antonio Buero Vallejo, José Luis Aranguren, José Bergamín, Jesús Aguirre y Andrés Amorós. Durante el sencillo acto de la localización de la lápida, en el romántico cementerio de Piedrahita, leyó Ricardo Gullón unas páginas de Azorín sobre Somoza, y José Luis Cano, un soneto de éste. Terminado el homenaje hubo una visita a la casa donde nació, vivió y murió el poeta, a la cárcel donde pasó algunas temporadas —cada vez que los “ultras” dominaban en la ciudad— y al palacio de la duquesa de Alba, en el que su linda dueña, de la que tan enamorado estaba Goya, recibía durante los veranos a sus amigos los poetas y artistas ilustrados: Jovellanos, Quintana, Menéndez Valdés, Cienfuegos, Máiquez, Goya y el propio Somoza, quien, en una página de sus Memorias de Piedrahita recuerda que allí “habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España”. ■

en la guerra del 36. Finalmente, fue aprobado un texto muy del gusto de los ilustrados de nuestro siglo XVIII, y, seguramente, también del propio Somoza, que fue uno de nuestros ilustrados más recalitrantes. El texto que se grabó en la lápida, ya instalada, dice así:

JOSE SOMOZA
POETA
(1781-1852)
AMO A SU PUEBLO
PIEDRAHITA
AMO LA LIBERTAD
AMO LAS LETRAS

Acudieron a la convocatoria de la sociedad, además de sus tres miembros fundadores antes citados, Fernando Lázaro Carre-

La "Terminología filosófica", de Theodor W. Adorno, no es ese manual, pero puede suplirlo o ayudar a esperarlo (1). El libro recoge la transcripción de unas cintas en las que se grabaron las lecciones de Adorno a un público absolutamente novel en materia filosófica. Constituyen una auténtica "Introducción a la filosofía", en un lenguaje accesible, juntamente culto y agresivo, coloquial y erudito. Adorno pasa revista a algunos grandes términos filosóficos, en primer lugar al nombre mismo de "filosofía", pero sin pretender en ningún momento dar la impresión de que administra un capital de saber ya consolidado, prefiriendo la incitación —la seducción, diría Nietzsche— al adoctrinamiento o a la simple información. Sus lecciones no son ortodoxas desde un punto de vista académico, pero, como él mismo nos dice, "la filosofía de hoy día, si es que todavía tiene su existencia una justificación y si no se ha transformado de hecho en una ocupación trivial que prosigue sólo porque empezó en otra época, sólo y exclusivamente puede justificarse allí donde hace estallar las representaciones de lo académico". Los análisis de Adorno sobre la noción de "profundidad" o la de "sabiduría" son excelentes ejemplos de metafilosofía, de ese ejercicio de consideración de un conjunto de procedimientos culturales que hoy todavía seguimos llamando "filosofía". El punto de vista de su enfoque es decididamente crítico: "La filosofía, por cuanto expone efectivamente la resistencia espiritual organizada, es una resistencia contra las convenciones y clichés acuñados por la sociedad. No puede acercarse auténticamente a la filosofía el hombre que nunca ha experimentado irritación ante lo que todos piensan y todos dicen, ante lo que se impone como incuestionable. Hay que ver la coacción, injusticia y mentira que subyacen a las evidencias". La filosofía no es simple sospecha, pero parte de la sospecha; no sólo tiene un momento crítico, pero hoy se engañaría si se alejase decididamente de su momento crítico, pues de ese modo no se aproximaría más a sí misma ni a su posibilidad. Adorno sabe cuál es hoy la tarea del pensamiento y nos ayuda a realizarla: nos señala el ángulo oculto desde el que se descubre el cráneo de huesuda sonrisa en la plácida convención de los hombres de mundo. ■ **FERNANDO SAVATER.**

(1) "Terminología filosófica" (dos volúmenes, el segundo de próxima aparición), de T. W. Adorno. Taurus Ediciones. Madrid, 1976.

El desafío de Taizé

Siempre es agradable escribir sobre Taizé. Porque rompe este ensayo religioso francés, este centro de irradiación religiosa, todos los moldes modernos de lo que se pensaba que debía ser un lugar así.

Allí no hay un anacronismo retrógrado, pero tampoco ensayos desconjuntados al estilo de muchos grupos religiosos que quieren complacer con superficialidad, imitando ingenuamente las costumbres de hoy en una caricatura sin altura. Tampoco hay proselitismo de grupo, sino absoluta libertad e iniciativa: el que quiere va y se marcha, sin sentirse obligado a nada. Pero no se cae de ningún modo en la frialdad ni en el desinterés adoptando sus monjes una actitud aséptica o considerándose por encima de los anhelos corrientes del hombre de hoy.

Sus monjes son católicos, universales, pero no pertenecen a la Iglesia católica romana. Son de tradición calvinista. Su liturgia y sus cantos no tienen la falta de categoría humana profunda, y sin gusto alguno, aparecidos en el catolicismo después del Concilio Vaticano II. Sus obras escritas —las del hermano Roger y el hermano Max— tienen un aire reposado, de vino añejo que se sirve en recipientes de hoy: no han perdido estos libros el buen sabor humano de fondo que tienen las cosas profundas, pero están escritos con sencillez, humanidad y sin aspavientos reaccionarios propios de algunos clérigos.

Allí se vive lo actual, pero con la perspectiva de lo eterno. Y la juventud es su principal clientela. Una clientela que no viene a comprar nada aparentemente tangible, sino sólo a beber un aire, un ambiente, un clima que no disuena de sus anhelos profundos, pero que le ayuda a superarse, a construirse, a ser alguien y no —como pasa en nuestro engañoso mundo occidental— a pretender afanosamente tener más por puro afán de posesión exclusiva y egoísta.

Allí se celebró no hace mucho un concilio de los jóvenes: algo "sui generis", y que poco se parece a los Concilios religiosos al uso. Porque los jóvenes se encontraban a gusto en aquel ambiente libre, meditando serena y relajadamente, como se hacía antiguamente en el cristianismo y como hacen ahora los yoguis o los seguidores del budismo-zen.

Quien desea vivir esto en imagen escrita, debe leer este ameno y breve libro que aquí comento, y que parece un cuadro impresionista más que un tratado religioso. Por sus páginas desfilan personas, personajes y acon-

tecimientos. Y tras ellos se vislumbra con fuerza el espíritu de Taizé, el que tanto atrae a los futuros hombres del porvenir, atraídos allí por el halo de religiosidad libre, responsable y encarnada en hechos concretos que predicán las monjas con sus atractivas oraciones, sus ratos de reposo y con su propio ejemplo de religiosos que tienen una profesión profana y un trabajo como los demás.

Se ha achacado a Taizé la ambigüedad, pero la lectura del libro de González-Balado nos convencerá de que si todo tiene un peligro de evasión —y Taizé también—, no es precisamente ese el clima que allí se respira fundamentalmente. Más bien es un cierto espíritu contestatario contra nuestra sociedad demasiado dura, demasiado agresiva y demasiado cruel con el prójimo.

Que nadie espere de las páginas de esta obra un estudio profundo del fenómeno Taizé ni de la posible espiritualidad nueva que de allí se desprende. Pero tras la ingenuidad a veces un poco lírica del lenguaje, se capta vivencialmente lo que este lugar representa en el mundo de la inquietud humana y juvenil, que quiere mezclar lo de arriba y lo de abajo, la justicia y el desprendimiento, la paz y la energía, la lucha por la justicia social y política y el anhelo de un hombre más abierto, elevado y feliz, de la utopía y la realidad. ■ **E. MIRRET MAGDALENA.**

José Luis González-Balado: *El desafío de Taizé*. Ed. Paulinas, 1976.

En la muerte de Emile Benveniste

Sirvan estas escasas líneas sintetizadoras de recuerdo a Emile Benveniste (1902), muerto en París el 3 de octubre tras una larga enfermedad, que desde 1969 lo tenía alejado de una intervención directa en los problemas de la lingüística, mundo que no por cerrado para la inmensa mayoría del público deja de poseer un interés determinante en la actual encrucijada en que se hallan las ciencias más diversas, y, en especial, las relacionadas con el lenguaje: la lingüística en primer lugar, la literatura, la crítica, etc. Si decimos que era considerado el heredero de Saussure no debe entenderse por el término heredero algo semejante a guardián conservador de normativas dictadas; fue el heredero de y contra de Saussure, negando en primer lugar la teoría de la arbitrariedad del

signo lingüístico, elaborada por su maestro, precisando su necesidad fundamental: "Arbitrario es que este signo y no ese otro se aplique a determinado elemento de la realidad y no a otro...", entre el significante y el significado el lazo no es arbitrario; todo lo contrario, es necesario". No fueron, sin embargo, estos sus primeros trabajos. Desde el nudo lingüístico, derivó su examen hacia los datos aportados por la Historia, el psicoanálisis, la antropología, la literatura, las ciencias sociales y la filosofía. Comenzó con su tesis doctoral, *Orígenes de la formación de los nombres en indoeuropeo* (1935), que revolucionó la gramática comparada de esas lenguas. La aplicación del sistema saussuriano le permitió rechazar el positivismo, por su "fijación", hallar la diversidad de origen de las distintas lenguas (griego, sánscrito, latín), y, tras poner de manifiesto su evolución y estructura, demostrar la posibilidad de integrar, dentro del sistema, hechos considerados hasta entonces insistemáticos por sus particularidades. Tras trabajos como *Nombres de agentes y nombres de acción en indoeuropeo* (1948), *Hitita e indoeuropeo* (1962), y *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (1969), pudo aportar datos y elaborar un panorama de la organización social, político-económica y religiosa de las sociedades indoeuropeas; a través de los nombres, por ejemplo, demostró las bases de un sistema patriarcal que aún está latente en nuestros lenguajes actuales. Al campo de la lingüística general ha contribuido con dos libros, *Problemas de lingüística general* (I, 1964; II, 1967) (1) que contienen hallazgos capitales como la citada necesidad del signo lingüístico; la relación profunda de lengua y sociedad que convierte a aquélla en "la principal vía de acceso a la comprensión de los fenómenos simbólicos, y le impone, al mismo tiempo, la tarea de definir el lugar particular de la lengua en el conjunto de los sistemas de signos". Para llegar a estas conclusiones instrumentó toda una serie de estudios "técnicos": así, el análisis de los pronombres personales le llevó a conclusiones sobre las relaciones de persona, insertas en el problema de la enunciación y la referencia, por un lado; y, por otro, los pronombres le facilitaron su profundización en la naturaleza de las relaciones entre los interlo-

(1) *Problemas actuales de la lingüística*, I, Siglo XXI. México, 1973; el tomo II se halla en prensa, y parece inminente su aparición.